

Introducción

El presente estudio puede considerarse una contribución al análisis de *figuras sociales* (las cuales podrían también ser llamadas *composiciones conceptuales* o *representaciones discursivas*) que permiten pautar contemporáneamente diversas formas de acción social vinculadas a situaciones de conflicto y/o de transformación que la sociedad civil intenta comprender en su significado directo y también en sus connotaciones simbólicas. Algunas de estas figuras tienen una larga presencia en los imaginarios colectivos, aunque han venido modificándose y adquiriendo grados variables de espesor conceptual. En el presente, debido a los cambios sociales que vienen registrándose con especial intensidad desde las últimas décadas del siglo xx, esas construcciones conceptuales requieren, en general, nuevos matices que permitan comprender las formas actuales de interacción humana y los grados crecientes de complejidad social en tiempos globales.

Durante las décadas finales del siglo xix y comienzos del siguiente las figuras sociales registraron, sobre todo, los impulsos modernizadores y sus principales ejes (crecimiento urbano, industrialización, consolidación de mercados, cosmopolitismo, aumento de las comunicaciones y goce del presente). El paseante urbano, la actriz, la prostituta, el proletario, el burgués, el viajero y el comerciante concentran, entre otras, la energía del cambio social y el predominio del trabajo y de la mercancía. Con las guerras mundiales la sociedad occidental registra otros modelos de lo social relacionados con la violencia bélica, el quiebre de los imaginarios nacionales, la desterritorialización, la destrucción de ciudades y, como contrapartida, la exaltación o demonización del militarismo y las nociones de victimización y heroísmo, que alcanzan instancias paradigmáticas con la radicalización de la violencia.

Las figuras del soldado, la víctima, el exiliado, el refugiado y el sobreviviente resumen la dramaticidad de la época y las distintas posiciones que ocupan en el proscenio social. Obviamente cada figura tiene una carga político-ideológica que puede resignificarse dependiendo del modo en que se sitúe el observador respecto a los eventos de su tiempo. En espacios más politizados, las figuras del nazi, el líder, el revolucionario y el judío se suman a las anteriores, concentrando diversos aspectos del protagonismo de un periodo exaltado por el horror y la sed de liberación y de paz. Ya en la segunda mitad de ese siglo, en espacios periféricos, como América Latina, las figuras del dictador, el guerrillero, el intelectual y «el hombre nuevo» atraviesan el espacio público, situándose como personajes principales en las narrativas que relatan las dinámicas de opresión y las luchas por la liberación nacional en diversos contextos. La postmodernidad traerá aparejadas fuerzas diversas, que ilustran sobre un clima general de desencanto ideológico y fracaso en luchas anteriores, de falta de certezas, despersonalización y desconcierto acerca de los vertiginosos avances de la tecnología y los cambios de vida que advinieron como parte de los procesos de globalización. Las identidades nacionales van siendo progresivamente desgastadas por las tendencias mundializadoras, y por la aparición de agendas sectoriales que reivindican posiciones sociales y subjetivas que al mismo tiempo dinamizan y fragmentan los imaginarios colectivos. Si conceptos como los de trans y post nacionalismo, precariato, infrapolítica, digitalización, descolonización y otros requerirían un estudio aparte, radicalmente transdisciplinario, exhaustivo y de aliento político-filosófico que permitiera captar la direccionalidad de una época que presenta desafíos inéditos a la imaginación histórica, las figuras sociales que emergen de ese turbulento contexto no se quedan atrás. La ausencia de propuestas totalizadoras va acompañada por el desconcierto y el desencanto que acompañan las nuevas inflexiones sociales y políticas del siglo xxi. Al tiempo que se percibe el descaecimiento de conceptos y modelos epistémicos que permitan comprender las transformaciones globales, el pensamiento occidental no cristaliza aún en categorías nuevas capaces de capturar paradigmáticamente las múltiples posiciones que se registran en los distintos frentes de la sociedad postmoderna. De este modo, criterios anteriores de análisis social, métodos y vocabularios se superponen a la nueva experiencia social, creando deslizamientos interpretativos, superposiciones y descreimiento. Esta situación va siendo superada en el siglo xxi tanto desde el espacio de

las humanidades como de las ciencias sociales, aunque aún se percibe el traslape de formas típicamente *modernas* de análisis social con la presencia de nuevos paradigmas epistémicos, de importante rendimiento teórico.

Se trabajan aquí, de modo tentativo, algunas de las más obvias figuras ideológico-discursivas que se perfilan sintéticamente como modelos de conducta social o posicionamientos distinguibles en la actualidad a nivel político y social. Se notará, sin embargo, que en su mayoría provienen de periodos anteriores, por lo que aun en sus resignificaciones actuales, algunas de estas figuras no registran del todo la particularidad de nuestro tiempo: el quiebre de los imaginarios nacionales, la pérdida radical de la utopía, el abandono del idealismo revolucionario, la adicción al objeto, la superficialidad de los juicios, la reducción de las expectativas, la desatada preeminencia de la tecnología, el avance de la deshumanización y el descaecimiento de *lo político*.

Una de las cosas que sí se filtra notoriamente en las figuras sociales incluidas en este libro es el desafío que nuestra época plantea en la administración de *la diferencia* política y social, y en el relevo que esta noción realiza de la idea, mucho más estática y verticalista, de identidad individual, entendida como caracterización nítida y rotunda de una serie de rasgos que abarcan preferencias, actitudes, apariencias, valores, adhesiones y rechazos correlativos a extracción de clase, raza, etnicidad, género, capacidades físicas, etc. Asimismo, se acentúa la reacción crítica respecto a la imposición de figuras de proyección universalista que no permitan la consideración de particularismos individuales y especificidades culturales. Algunas figuras relacionadas con género y raza han decaído notoriamente en los imaginarios actuales. Otras, que enfatizan posiciones híbridas, contranormativas y de carácter fluido, adquieren amplia difusión. Otras decaen para dar lugar a nuevas con/figuraciones sociales e ideológicas. Si en algún momento la figura de la feminista tuvo una relevancia protagónica y claramente distinguible en el repertorio de la modernidad, la misma parece hoy en día una figuración del pasado, aunque la estela de los aportes innumerables del feminismo haya quedado para atestiguar sus acciones. Pero resulta obvio que las agendas de género han opacado las del feminismo tal como este movimiento fue concebido en el siglo pasado. Asimismo, las luchas por la igualdad en términos de raza han dado frutos, aunque quede aún tanto por hacer. Los estereotipos raciales no circulan hoy en día como en las primeras décadas del siglo anterior, al menos no de manera abierta y con

la impunidad de otros tiempos, lo cual de ningún modo significa que las reivindicaciones en ese terreno hayan llegado a una conclusión definitiva, ni que no sea imprescindible su continuidad.

Se han eludido en este estudio caracterizaciones subculturales (el punk, el rapero, el *goth*, el metrosexual, el yonqui, el *yuppy*) porque estas designan más bien formas de vida o estilos personales que, aunque permiten un análisis interesante de identidades y otredades, no concentran *de por sí* una conflictividad política o social de alta intensidad, que es la dirección que este libro quiere seguir. Queda claro, sin embargo, que esas posiciones requieren un estudio profundo de causas y contextos, motivaciones, grados y *formas de vida*. En todo caso, se ofrece aquí solo una apertura a un tema que requiere múltiples criterios y aportes variados, a la que pueden irse agregando nuevas perspectivas críticas y teóricas.

Se han elegido aquí puntos nodales que hacen posible una penetración panorámica en áreas problemáticas de la sociedad actual, y en las formas en que estas son registradas a nivel colectivo, como si cada una constituyera una puerta de acceso a la realidad de nuestro tiempo, no como esta *es* sino como ella se presenta a nuestra percepción, demasiado cercana y demasiado comprometida con el objeto observado como para estar libre de una interpretación idiosincrática. Para paliar este sesgo hermenéutico, cada figura es presentada a partir de los aportes de múltiples críticos y teóricos de la cultura que han reflexionado sobre estos temas desde distintas disciplinas y con diversos ángulos ideológicos. Al lector corresponderá la tarea de abrirse paso entre esas opiniones y confrontarlas con las propias, ya que nos movemos en un terreno eminentemente opinable y de importante dimensión subjetiva.

Las *figuras sociales* aquí analizadas recorren en diversos niveles la sociedad civil: en el campo de las comunicaciones, la educación, la literatura, el cine, la música, la opinión pública, la producción de noticias, la ensayística y la crítica cultural. Puede asumirse que una de sus principales funciones es la de facilitar la captación de lo social, haciéndolo *legible*, interpretable y traducible en distintos registros, es decir, digerible, por parte de una opinión pública más que nunca diversificada y abierta a una comprensión simplificada pero sugerente del sentido que puede atribuirse a eventos y procesos cotidianos. Existen, por supuesto, sofisticadas elaboraciones acerca de los temas que estas figuras ilustran y convocan. Sin embargo, el *núcleo principal* de estas figuras sociales es considerablemente resistente a este

tipo de desarrollos de tipo filosófico, ético o pertenecientes a los campos de la sociología o la teoría política, ya que recoge prioritariamente la opinión popular, que se alimenta de fuentes no necesariamente institucional, vinculadas a creencias, tradiciones, corrientes de opinión, productos de la industria cultural y versiones masificadas de interpretación de lo social diseminadas por los medios de comunicación. Se registra, entonces, en la persistente continuidad de algunas de estas figuras, cierta inercia conceptual que continúa informando los imaginarios colectivos con perspectivas no necesariamente sincronizadas al estado actual de los debates en torno a esos temas, sino enraizadas aun en opiniones populares que siguen sus propios procesos de reelaboración conceptual. Esto no quiere decir que las figuras sociales constituyan reductos cerrados, discursivos y, por tanto, *ideológicos* de lo real, que permanezcan impenetrables e incambiados, de espaldas a los avances del conocimiento y del pensamiento político, pero la permeabilidad de estas cristalizaciones conceptuales es relativa y lenta, preservando de este modo, para bien y para mal, construcciones que *narrativizan* lo social traduciendo sus tramas complejas a los términos de la psicología colectiva.

Como se verá a lo largo de los análisis que este libro propone, las figuras sociales tal como están conceptualizadas en la actualidad presentan, de hecho, muchos rasgos que han sido analizados por la sociología del conocimiento y por el estudio interdisciplinario de las relaciones sociales, la psicología colectiva y el análisis del discurso. Sin embargo, esos componentes que podríamos llamar «académicos» existen integrados a versiones que, al popularizarlos, los subsumen en una discursividad «impura», es decir, esencialmente heterogénea y desjerarquizada. En esa espontaneidad intuitiva reside justamente, a mi criterio, el valor de estos productos de la observación colectiva y de la imaginación histórica, que con-figuran y a veces des-figuran lo real en el afán por penetrar sus tramas y comprender sus significados.

De este modo, en el abordaje que se ofrece en este libro, las figuras sociales están vistas a través de la doble matriz popular y académica, es decir, social y cultural, analítica e ideológica. Si las figuras sociales canalizan formas variadas de *falsa conciencia*, si no penetran en las causas profundas de lo social ni en las múltiples mediaciones que atraviesan la relación individuo-sociedad, subjetividad-hecho social, es porque su función es, principalmente, la de registrar el conflicto y el cambio social y *leerlo* como *ocu-*

rrencia, es decir, como *evento* o *proceso*, como *situación* o como *coyuntura*, para poder asimilarlo, al menos primariamente, al acontecer cotidiano, a la lógica de lo real tal como esa comunidad lo entiende y lo experimenta. Por este motivo, las figuras sociales están tratadas aquí como *redes de significación* (Chavarría-Mora) que rigen y se diseminan socialmente con particular persistencia, aunque siempre de manera inestable, provisional y polémica.

El estudio de las figuras sociales articula los campos de la sociología del conocimiento y la psicología social, convocando asimismo áreas culturales como el estudio de mitos, las comunicaciones, la historia cultural y el análisis del mercado, en tanto espacio principal de intercambios materiales y simbólicos.¹ Los estudios de lo cotidiano, al igual que el funcionalismo estructural *à la* Bourdieu, el estudio de los imaginarios colectivos y otras aproximaciones relacionadas con las distribuciones del espacio social, la división de lo sensible y el análisis de las formas de poder político y social, constituyen a su vez campos inescapables para la comprensión del modo en que las figuras sociales van cristalizando como elaboraciones colectivas de la experiencia social y de la reflexión sobre el sentido y direccionalidad de la historia. Diversas concepciones del sujeto social y de la subjetividad, de identidades individuales y colectivas, de memoria histórica, análisis del discurso y formación de ideologías se entretajan en la construcción misma de las figuras sociales, las cuales se presentan como narrativas anónimas (públicas y en buena medida sujetas a la transmisión oral) que dan a la experiencia social la textura de un relato que la sociedad se cuenta a sí misma y a partir del cual penetra en el significado de sus tramas y tendencias.

-
1. La *sociología del conocimiento* constituye el estudio de ideas y valores a partir de los contextos sociales y políticos de los que surgen, los cuales son considerados niveles imprescindibles para la comprensión de esos conceptos. A partir de Marx, Durkheim y Weber la sociología del conocimiento se desarrolla teniendo en autores como Max Scheller, Karl Mannheim y Thomas Luckmann algunos de sus exponentes principales. La obra del sociólogo húngaro Karl Mannheim (1893-1947), principalmente *Ideología y utopía* (1929), es considerada clave como propuesta de interpretación de los factores que influyen tanto en el pensamiento acerca del pasado como en las proyecciones de futuro, a partir de las cuales las sociedades imaginan nuevas formas de organización política y social (Yáñez-Henríquez 292, n. 3). En cuanto a la *psicología social*, que emerge a finales del siglo XIX a partir de la obra de Wilhelm Wundt (1832-1920), esta enfatiza la importancia del contexto interpersonal en el surgimiento del pensamiento, los sentimientos y las conductas humanas. Las comunidades, reales o «imaginadas» (en el sentido de B. Anderson) incluyen y en gran medida determinan el contenido de los conceptos que los individuos acunan para comprender y tematizar lo social.

Como Peter Berger y Thomas Luckmann señalaron en *La construcción social de la realidad. Un tratado de sociología del conocimiento* (1966), la esencia de este tipo de exploraciones gira en torno al concepto de *lo real* (con todas las polémicas que conlleva) y a la(s) teoría(s) del conocimiento. Ese mero concepto se presta a múltiples interrogantes: ¿cómo se capta (se percibe, se comprende, se interioriza) *lo real* y qué procesos permiten elaborar formas de *saber* que incorporen cuestiones filosóficas, observaciones empíricas, trayectorias históricas y problemas políticos y sociales que son inseparables del modo en que interrogamos nuestra exterioridad y de las formas en que interiorizamos y naturalizamos sus estímulos?, ¿cuánto de la realidad social nos es dado comprender y en qué consiste la certeza que nos incorpora la percepción de lo real?, ¿el hecho social es cognoscible en sí mismo de manera total y objetiva, o solo parcialmente, a través de la imagen subjetiva que tenemos de él?, ¿cuánto en el «conocimiento» de lo real puede ser reducido a *su relato*, es decir, a la construcción que de lo real hacemos a través del lenguaje?, ¿y cuánto es atribuible a la *ideología*, como elaboración imaginaria (superficial, parcial, interesada) de las relaciones interindividuales en determinado contexto político y social?²

Sobre la base de las reflexiones de Durkheim y de Max Weber acerca de la reificación de los hechos sociales y la incidencia del nivel subjetivo en la acción social, Berger y Luckmann proponen que la realidad es una *construcción social*, es decir, producto de un *proceso* colectivo que avanza como resultado de la acción comunitaria que va elaborando conceptos, imágenes, valores y representaciones que organizan lo social para su aprehensión por parte del sujeto. Este proceso constituye un desarrollo siempre en marcha, es decir, esencialmente inacabado e inacabable, destinado a orientar la relación entre individuos y sociedad. Tal relación es esencialmente variable, como resultado de la constante transformación de las condiciones materiales de existencia social, los cambios generacionales, etc.

Para despejar dudas respecto a los conceptos de base, los autores de *La construcción social de la realidad* indican que

la «realidad» [puede ser definida] como una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición (no podemos «hacerlos desaparecer»), y definir el «conocimiento» como la cer-

2. Para una exposición sumaria de las diferentes definiciones del concepto de ideología, véase Chavarría-Mora.

tidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas (13).

Evidentemente, en el libro de Berger y Luckmann los conceptos centrales (realidad y conocimiento) están sujetos al relativismo cultural: lo que cada uno de esos términos *significa* depende de los contextos culturales, históricos e ideológicos (convicciones políticas, religiosas, filosóficas, etc.) en un tiempo y en un lugar determinados. Corresponde entonces a la sociología del conocimiento determinar los términos en que las ideas de *realidad* y *cognición/adquisición de saber* deben ser asumidas.

En su aproximación fenomenológica, Berger y Luckmann reconocen en toda su amplitud la problemática del conocimiento y la idea de que la realidad lo preexiste como algo dado, cuyas determinaciones afectan el proceso epistémico e interpretativo que intenta establecer el sentido de lo observado (sus causas, sus efectos y sus formas particulares de manifestación). Sin desconocer la incidencia fundamental de la historia, la psicología y la biología como aspectos cruciales en el desarrollo del conocimiento, los planteamientos sobre la construcción social de lo real mantienen abierta la pregunta sobre los grados y formas de esa determinación, es decir, acerca de la relación entre exterioridad y subjetividad. En todo caso, como reflexión específica sobre el factor social, y aun reconociendo que el relativismo cultural es inescapable, algunos autores criticaron el hecho de que enfoques como el de Berger y Luckmann limitan la importancia y la posibilidad de explorar el tema de *la verdad* al considerar insuficientemente la incidencia político-ideológica que los sujetos incorporan en su interpretación de lo real.

Las críticas al constructivismo social apuntan, en general, al hecho de que entre *lo real como objeto de estudio* y *la subjetividad del observador* intervienen múltiples instancias mediadoras, formas diversas de praxis hermenéutica y factores político-ideológicos que afectan la captación y la interpretación de la experiencia social y que el constructivismo tiende a minimizar. A partir de su idea central de acción comunicativa como dinámica primaria en la producción de significados a nivel social, Jürgen Habermas señaló por ejemplo que, al enfocar primariamente la interacción humana como dinámica generadora de la construcción de la realidad social, el libro de Berger y Luckmann no elabora en profundidad la importancia que tiene la racionalización en la sociedad actual, sobre todo en su etapa de globalización. Para Habermas la función del lenguaje (producción

discursiva, despliegue argumental, diálogo e intercambio de mensajes, búsqueda del consenso, etc.) es decir, la *acción comunicativa*, es pieza fundamental para la comprensión de los procesos de producción y circulación de la significación social.

Asimismo, algunos críticos enfatizan que el radio de aplicación de las propuestas de Berger y Luckmann debe ser puesto en relación con las formas de estructuración social en un tiempo y lugar determinados, y con las específicas relaciones de poder que están presentes en los contextos sociales observados. Para algunos, el enfoque de estos autores no se adentra suficientemente en la estructuración de lo real, por ejemplo, en la incidencia del nivel institucional en la acción social. Estos críticos destacan, por ejemplo, el papel que desempeñan la educación, los medios de comunicación, el sistema jurídico, la religiosidad, etc. (lo que Althusser reconoció como «aparatos ideológicos del Estado») en la formación de conciencia social.

En este sentido, y también en relación con los límites epistémicos de este libro, queda claro que con las figuras sociales no nos enfrentamos a un material de naturaleza objetiva, aunque sí a un conjunto *objetivable* de procesos de internalización de la experiencia social. Este conjunto de representaciones o construcciones acerca del *hecho* y de la *acción* social es por naturaleza subjetivo, ya que expresa la elaboración de la experiencia colectiva por parte de sujetos que construyen significado a partir de sus interacciones y de los procesos interpretativos que han interiorizado desde sus posiciones de observación. Al mismo tiempo, ese conjunto representacional es *objetivable* en la medida en que puede ser convertido en objeto de estudio, en tanto dato de una realidad social que es percibida a través de determinados modelos cognitivos. Las figuras sociales constituyen así un *corpus* fluido, siempre provisional y cambiante de representaciones en las que intervienen elementos de tipificación, mitificación, observación empírica, elaboración imaginaria e interpretación personal/colectiva.

La lucha interna, disciplinar, de la sociología, consiste, entre otras cosas, en el análisis de las mediaciones que existen entre elementos empíricos e interpretación subjetiva, es decir, entre la observación y relevamiento del dato de la realidad y la elaboración de su significado social. Objeto y sujeto, es decir, niveles de objetividad y subjetividad, racionalidad e intuición, así como relaciones entre interés y afectividad, crean dinámicas tensas en el vínculo entre la realidad que consideramos exterior y «dada» y nuestra dimensión personal (nuestra historia, preferencias, traumas, expectativas,

capacidades y deseos). En este sentido, la cuestión del método consume buena parte del trabajo sociológico, girando siempre en torno a la definición del objeto de estudio y a la posición del observador, es decir, a la definición de su lugar (epistémico, discursivo, ideológico) de enunciación. Si, por un lado, como en la antropología, puede asumirse que el objeto observado cambia en todos los casos a partir del acto de su reificación metodológica, en la sociología es siempre incierto el grado de contaminación del objeto observado por parte de la subjetividad del observante, salvo que la práctica sociología se refugie en los métodos cuantitativos que parecen eximir de cualquier forma de subjetivismo. Pero incluso entonces surgen preguntas cruciales sobre procedimientos, variables e interpretación de los datos.

En su trabajo sobre «Las aportaciones de Schütz, Berger y Habermas al debate sobre la objetividad del conocimiento», Medina Cambrón y Ballano Macías señalan con respecto a *La construcción social de la realidad* que

[d]esde la perspectiva de Berger y Luckmann, tanto la sociedad como el conocimiento que tenemos de ella son construcciones humanas. En comparación con los tipos ideales de los científicos sociales, las tipificaciones de los actores no son conceptos en el sentido científico, ya que no están definidos con precisión ni clarificadas sus interrelaciones ni su validez empírica. Su objetivo es proporcionar un plan para la vida [...] El conocimiento sociológico requiere del sentido común, de las tipificaciones de los actores sociales que deben ser punto de partida de los tipos ideales (249).

Para Berger y Luckmann las relaciones interpersonales se producen socialmente de manera dialéctica, proceso en el cual estos autores reconocen tres instancias, ligadas a principios funcionales: *externalización* (la sociedad como producto de las interacciones humanas), *objetivación* (la sociedad como realidad objetiva), y la *internalización* (el ser humano como producto social) (Yáñez Henríquez 294). Con este desglose inicial, que luego se despliega en otros (institucionalización, legitimación, socialización) los sociólogos mencionados intentan zanjar la problemática de la vinculación sujeto/objeto y normalizar las mediaciones que administran la complejidad de ese vínculo.

Las figuras sociales pueden asimilarse, aunque también se evaden en muchos sentidos, de conceptos como los de representación social, tipos ideales, estereotipos, tipificaciones, etc. Aunque presentan muchos ele-

mentos en común con estas materializaciones de lo que Habermas llamara la *racionalidad comunicativa*, tienen un carácter mucho más personalizado del que sugieren los términos citados. Las figuras sociales se refieren a situaciones concretas que presentan, en distintos contextos, el denominador común de conductas y/o posiciones definidas dentro de tramas y conflictos colectivos. Si por un lado estas materializaciones discursivas parecen ofrecer figuraciones muy precisas, que en ocasiones (como en los casos de las víctimas, héroes, ciudadanos, migrantes, etc.) presentan en la realidad rasgos polémicos, al mismo tiempo se abren a reconfiguraciones y debates que forman parte del proceso colectivo de asimilación de la experiencia social.

Este libro busca contribuir justamente a esa apertura que, a partir de estas cristalizaciones y con-figuraciones discursivas, puede impulsar intercambios productivos sobre los contextos sociales, políticos y económicos en los que se produce el conflicto social y desde los cuales se ponen en circulación agentes y agendas de reflexión, resistencia y transformación estructural. Ninguna figuración social es ajena a las relaciones de poder que la genera, ni a las tomas de posición de los sujetos. Toda con-figuración es no solamente una síntesis de situaciones de complejidad a veces inabarcable sino también un diagnóstico de su época. Toda figuración existe, por tanto, para ser puesta a prueba, legitimada o desautorizada, sustituida o cancelada en los imaginarios colectivos. Es una *trama de significaciones* que nos interpela desde su simplicidad estratégica, que a veces pre-figura el proceso social y a veces lo des-figura, sugiriendo la necesidad de nuevas con-figuraciones colectivas.